

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

¿QUIEN MATO A DIOS?—Novela. Por Luis Enrique Osorio—Ediciones “La Idea”.

No estuvo afortunado Luis Enrique Osorio al entregarnos como culminación de cincuenta años de tarea intelectual la novela que con el escalo-friante título *¿Quién mató a Dios?*, acaba de publicar. Podemos afirmar que el campo de la novela, tan vasto, hondo y sugestivo, no está al alcance de Luis Enrique Osorio. El espejo que pedía Stendhal para pasearlo por los caminos del mundo, en el caso de Osorio, no ha reflejado las imágenes y los personajes que pretende hacer actuales en su novela. Carece esta de ambiente, fuerza descriptiva, calor de humanidad, trama psicológica, trasfondo lírico, máscara de la vida y la muerte que sucesivamente nos presenta sus caras gesticulantes. Puede afirmarse que esta novela no es una criatura de Dios, para emplear un lenguaje grato al autor. Es un fantasma en la niebla, una larga narración sin autenticidad, sin ese fondo sombrío y alucinante de las grandes novelas de todos los tiempos.

El autor nos relata una serie de hechos anodinos, algunos de ellos salpicados de un erotismo de novela rosa. Las mujeres que amaron a Ovidio Aguilar y las que lo olvidaron para caer en otros brazos, son acartonadas, sin ninguna calidad en el terreno meramente erótico, inclusive. Mujeres que nos amaron y regresan a nuestra vida cuando ya están marchitas a fingir un remedo pasional en el cual solamente puede reinar el hastío, la neblina fosforescente del tedio. Y naturalmente como fondo, la infidelidad conyugal, todo ello sin pie en la realidad, vagas imaginaciones del escritor.

La novela exige condiciones singulares: Un tremendo don de observación; una sufriente esperanza en la redención del género humano; un ambientar los personajes para que se muevan en su propia atmósfera y en caso contrario, nos resulta esta, inexpresiva o simplemente remedo de otras ya superadas por la novelística moderna.

Luis Enrique Osorio, quien tiene tantos y tan nobles títulos como escritor y creador de cultura, no ha debido embarcarse en el género de la novela para el cual carece de vocación, ya que en la que comentamos solamente se salva el estilo como ropaje de unos seres inactuales y de situaciones que nada tienen de desgarrado y humano.

Con un título poco dicente —remembranza de términos empleados en el arte de la fotografía— el maestro Rafael Maya nos entrega dieciseis ensayos literarios de acabada factura literaria. Espejean las imágenes y se aclaran los juicios con una responsabilidad ética que está faltando en el análisis de las letras colombianas. Porque Rafael Maya no es un escritor de aquellos que viven el minuto contemporáneo como novedad que es preciso acatar. Sus raíces no le permiten hacer de la tarea literaria una vitrina de asombros para quienes viven a caza de modalidades poéticas o giran velozmente en torno de asteroides que les regalan algo de su propia luz, como Epulón dejaba caer las moronas para los mendigos de su mesa opulenta como un altar.

Maya ha hundido sus instrumentos de precisión lírica en el mundo de las ideas estéticas, sin pretender enjuiciar y despreciar la obra de otros genios e ingenios. De la raya de su meditación está alejada la vanidad hidrópica de ciertos geniecillos que emplean una terminología de circunstancias, hermafroditismo verbal que corre por la misma línea de cierta lexicografía de algunos economistas que, al no entender de la realidad colombiana la medida, se sumergen en el obscurantismo como ciertos peces que revuelven las aguas para no ser atrapados. En estos estudios de Maya, ejemplarmente docentes y hermosos, la crítica literaria se ejercita con madurez y honradez. Dos condiciones sin las cuales la crítica se convierte en un capricho personal del escritor, tarea infecunda, que no ha de verter luz sobre los hombres y sus obras. Maya siente la ternura humanísima de lo nuestro, del quehacer vital de otras generaciones, de lo que ellas dejaron como testimonio. Que no es solamente polvo, sino testimonio, ofrenda lírica, amor por lo colombiano en lo que el nacionalismo es esencia creadora, raíz y canto, presencia y alucinación.

Rafael Maya maneja con suma maestría el estilo literario. Que continuará siendo, queramos o no, el mismo hombre como sostenía Buffón. Maya va directamente al fondo del tema que estudia. Sin vanos rodeos, ni ampulósidades que muchas veces ocultan un tremendo vacío intelectual. Actitud crítica que no está reñida con el bello decir, con la afluencia de imágenes vivas, suscitadoras, que nos golpean como una brisa de poesía.

Maya demuestra que ninguno de los temas de la cultura le es esquivo. Se pasea por el mundo de las idas, peleando su batalla campal. Sin disminuirse, ni reducir la atmósfera lírica a simples verbalismos. Y también sin enfrascarse en conceptualismos estériles, ya que la crítica por él ejercida nos permite tomar varias rutas en la apreciación de hombres y valores, pues Maya no quiere hacer de pontífice de una heterodoxa capilla, fuera de la cual no hay salvación.

Ensayos estos de una deslumbrante y nunciadora belleza. Para nuestro gusto sus ensayos sobre San Francisco de Asís y sobre Goethe son de una acabada perfección tanto por la forma como por el fondo. ¡Qué riqueza conceptual y verbal, qué hondura de mina, qué resplandor de gemas!

Maya sigue cumpliendo una tarea intelectual que honra las letras americanas.

El autor de este libro, que de novela no tiene sino el título, se aplica a desentrañar algunos fenómenos de la política colombiana de los últimos años y a sondear en la sicología de los principales personajes que en ella han intervenido como actores del drama. Es un libro acerbo, enconoso, escrito con pasión política. Al lado de verdades fundamentales como la de afirmar que Gabriel Turbay fue uno de los grandes políticos colombianos, un experto conductor, un estadista de filuda probidad, tiene conceptos de acrimonia tenaz contra otros colombianos que han sido honra de nuestra democracia. *Diálogos en la reina del mar*, tiene a nuestro juicio, la importancia de constituir un documento de aproximación a hechos colombianos que las nuevas generaciones desconocen por completo. Porque lo grave de la situación de nuestro país reside en que por andar tras espejismos sociológicos, estudio de estructuras, búsqueda de presupuestos de planeación, nos hemos ido alejando de la patria como razón, historia, acontecer vital, esfuerzo de los mejores para crear un mundo noblemente esperanzado.

Diálogos en la reina del mar, es una larga crónica de hechos políticos analizados con crudo partidismo por parte de su autor. En el término medio está el sabor de la verdad que han escrito los teólogos. La furiosa réplica, el panfleto, la acidez mental, no perdurarán nunca. Un ingenio escribía "que la mejor manera de destruir al adversario es concediéndole su poquito de razón". Pero donde solo corre la lava, la furia, la frustración, tendremos apenas un territorio escoriado, donde no crecerá ningún fruto de templada moderación.

* * *

SALVO RUIZ, EL ULTIMO JUGLAR—Presentación, notas, ordenamiento de Arturo Escobar Uribe.

Ha hecho bien el escritor Arturo Escobar Uribe en recoger en pulcro volumen la obra dispersa por los caminos del viento, del juglar antioqueño Salvo Ruiz. Porque los troveros, juglares, repentistas colombianos, enriquecieron la patria con la savia profunda de su ingenio. La verdadera imagen de Colombia está en sus versos perfumados, en su chispeante razón creadora, en su mensaje claro, espejeante, sin rebuscamientos metafóricos o concesiones a la retórica. A un pueblo lo enriquecen y nutren sus trovadores. Porque el alma popular, la fisonomía, signo y cifra de una raza, no podemos encontrarlos en pedantes tratados de sociología, ni en el culteranismo de las formas líricas, sino en lo meramente popular y autóctono.

Murió Salvo Ruiz en extrema miseria. Porque nunca hizo de su alucinante trovería un negocio, una forma de acuñar monedas. Era libérrimo como sus montañas antioqueñas y llevaba en la sangre y en la lengua el sabor de lo terrígeno, de aquello que le concede filiación a una nación. Por eso su obra pertenece a un pasado que no ha muerto, ya que no son las formas extranjerizantes, los vinos madurados en lagares remotos, los

que han de fijar los perfiles de nuestra sociedad. El acontecer humano de los colombianos, sus formas de vida, su lumbre espiritual, su cotidiano lote de alegría y tristeza, tenemos que buscarlos en juglares tan nuestros, como Salvo Ruiz, voz numerosa de la muchedumbre congregada para cantar, amar y orar.

Las coplas, la brisa de guabinas y sones, la ternura aniñada, el folclor, caliente y plástico, el color como poesía, todo está en estos juglares americanos que testimoniaron una época histórica, hicieron de la canción un cuenco de resonancias y presencias, una vívida presencia alucinante. Escobar Uribe ha cumplido con esta recopilación, y con sus notas y comentarios, una obra de veras ejemplar que todos le agradecemos.

* * *

LA CULTURA EN COLOMBIA—Fernán Torres
León—Banco de la República—Separata del Boletín Cultural y Bibliográfico—Bogotá-Colombia.

Meritoria la tarea de Fernán Torres León al presentar a los colombianos cultos un cuadro clínico de la cultura colombiana. Al leer su penetrante ensayo, conceptuoso, poco accesible por cierto "al gran vulgo", sería preciso concluir que es el nuestro un país en el cual la cultura adquiere formas y normas que obligan a toda la sociedad. Nos deslumbramos con las cifras, los nombres y los hombres. Cuantitativamente no hay nada que desear. La inteligencia cumple en Colombia una función creadora y los bienes inmateriales del espíritu descenden sobre el pueblo como agua lustral. El analfabetismo parece desbrozado y todos a una comulgamos en los mismos altares en busca del perfeccionamiento interior. Nada menos cierto. Nuestra cultura nunca ha bajado a la masa sufriente y anhelante. Las masas permanecen ignaras, hoscas, sin camino alguno para su perfeccionamiento. El arte no descende tampoco a despertar su sensibilidad. Inclusive hemos perdido las más puras fuentes de lo popular, ganados por culturas afuereñas sin pie en la realidad nacional.

La cultura para minorías está llamada a desaparecer. Los frutos del Espíritu Santo deben estar al alcance de la mano innumerable del pueblo. Su insatisfacción es cada día mayor. Comprende que tiene derecho a vivir mejor, a pensar mejor, a gozar de ciertos descubrimientos que le permiten una satisfacción más íntima. Pero esta cruzada por el hombre colombiano, que pudiéramos llamar del subsuelo, no ha sido emprendida todavía. Seguimos creyendo en el mito de la cultura minoritaria, en los dirigentes que aupan un rebaño sin esperanzas. En verdad, el índice cultural de Colombia ha descendido vertiginosamente. El idioma pisoteado, manchado con extranjerismos traídos a vivo palo por un grupo de snobs como diría alguno, sin sed de raíz en su obra. Lo nuestro, valedero, raizal, está convertido en ceniza.

Por tanto, estas estadísticas nada nos dicen en relación con el crecimiento y floración de la cultura. Una semibarbarie científica y un afán pueril y lánguido de imitar modelos ajenos, ocupa gran parte de nuestro oficio intelectual.

Esto no quiere decir que el trabajo de Torres León carezca de mérito. Todo lo contrario. Su caso personal anuncia una gran soledad. La de quien investiga, ahonda en la problemática colombiana y toma conclusiones. Muy interesantes de veras. Pero la cultura en Colombia es cada día más desierta. Son pocos los espíritus que se preocupan por enriquecer su mundo interior. Todo es materialismo, afán mercantilista, implementos mecánicos, paganismo y rodillas en tierra frente a todo lo que signifique lujo, vida fácil y hedonista. Pero un hedonismo macilento que sube entre vahos de gasolina y torres de petróleo.

* * *

ALEJANDRA O LA ESTACION VIOLENTA—Poesía—Mauro Castro.

Mauro Castro nos entrega en este libro una poesía arbitraria, a veces inconexa, pero con llamaradas de belleza que sería osado desconocer. El poeta anda aún extraviado por meridianos donde florece el absurdo, la frase arbitraria, lo paradójal. Quiere acercarse a los elementos de la era contemporánea e incorpora esas motivaciones en su obra con la esperanza secreta de ser original y, por tanto, hijo de su tiempo. Lo cual no deja de ser pueril. Porque la poesía es eterna y no podemos someterla a escuelas pasajeras o a presentidas angustias hijas de un tiempo mecanizado, en el cual la “rosa mecánica” ha remplazado a la rosa mística de la verdadera poesía. Dice el poeta:

*Situación confusa y anuncio de los huesos
en claros avisos
cuando viajaban hacia la belleza
de su nada.
Mañana.
Tiempo para los sueños de los niños
y sevicia de tus ojos
frente a las cosas comunes
que nos rodeaban.*

Para muchos lectores desprevenidos esta no es poesía sino una parrufada incoherente. Porque el poeta acumula palabras que no guardan un desarrollo lógico, el temblor, “divino temblor”, de la verdadera y valedera poesía. Pero esto no quiere decir que toda su obra carezca de esencia lírica. Algunos trozos de sus poemas ofrecen el costado lírico y sangrante. Pero le falta al poeta madurez expresiva, temblor bajo los cielos, claridad que viene del propio desgarramiento patético. El autor de *Alejandra o la estación violenta*, tiene un concepto muy personal de la poesía y considera que está cumpliendo su tarea honestamente. Esto está bien en una época de simulaciones y calcos sin proyección en lo vital y hondo del ser humano.